

# RESULTADOS Y CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE LEPANTO A LA LUZ DE LOS PRINCIPIOS ESTRATÉGICOS

José María BLANCO NÚÑEZ



(Retirado)

## Antecedentes



L año 1517, aquel en que Martín Lutero clavó un documento en la puerta de la iglesia de la Universidad de Wittenberg, podría marcar el inicio de los prolegómenos de Lepanto; pero, sin tanto ciar, quedémonos en el día 6 de agosto de 1552, en que San Ignacio de Loyola definió la necesidad de una clara estrategia naval:

«Los turcos, no siendo belicosos por mar hasta agora, se comienzan a hacer prácticos y a cebarse y comenar, con lo poco que queda de la Cristiandad, a usar la industria que usaron para ganar el Imperio de Constantinopla, ayudando a un príncipe para resistir y entretenerse con el otro y disgustarse al uno con el otro y, después, sobreviniendo él, tomó

la del uno y lo del otro. Y así agora, usándose de este comercio con Francia, hay peligro que después no vengan sin ser llamados, poniendo en gran aprieto a la Cristiandad por tierra y por mar. Y este inconveniente... se quitaría con señorear al mar S. M., con potente armada» (1).

García de Toledo Osorio, IV marqués de Villafranca del Bierzo (el cual por la conquista del peñón de Vélez de la Gomera en 1564, que se consideraba irrealizable, y por el socorro a Malta de 1565 recibirá del rey Felipe II el duca-

---

(1) LOYOLA, Ignacio de: *Monumenta Ignatiana*. Volumen 4 (1551-1553). Epist. 2.775 (6 de agosto de 1752) al padre Juan de Polanco («Plan de conquista de Jerusalén»). Roma-1964, p. 355.

do de Fernandina y el principado de Montalbán el 24 de diciembre de 1569), escribía el 31 de mayo de 1565 al rey animándole a la búsqueda del dominio del mar por medio de la batalla decisiva:

«Lo que se podría considerar y lo que creo que debe mover a S. M. a ir detenido en lo del dar de la gente, es parescille que, si perdiéramos la batalla del mar, que poniendo en ella toda su infantería y aventurando toda su armada, que quedarían todos sus reinos desnudos de dos remedios tan grandes para su defensa, como son soldados y galeras. Por este peligro yo tengo por cierto que un día u otro se ha de venir a pasar, porque pretendiendo V. M. el señorío del mar y pretendiéndolo el turco, no es posible excusar que no se venga a conceder esta superioridad por batalla de mar, de manera que por rehuir agora lo que digo, no se ataja este inconveniente, y si a él debemos venir, más vale que vengamos sin haber perdido Malta que después de perdida» (2).

Por tanto, el socorro a Malta propuesto por el marqués concebía, al propio tiempo, una ofensiva de base geográfica para batir al turco en sus aguas, que había elegido el mes de mayo de ese año para conquistar la isla, como siglos más tarde hará Togo esperando a Rozhestvensky en Tsushima para aniquilarlo.

Por su proceder y por esos consejos al rey, García de Toledo, sin dejar de ser el más brillante táctico de su época, ha sido calificado también como el mejor estratega de ese tiempo de galeras. El turco evacuó Malta antes de la llegada del socorro aportado por Villafranca, por lo que la gran batalla pendiente quedó para «más alta ocasión». Por sus achaques, el marqués no pudo estar presente en Lepanto, pero fue el primer consejero, estratégico y táctico, por vía epistolar de Juan de Austria. En lo estratégico se mostró preocupado con lo de buscar la batalla definitiva, y recomendó a Juan de Austria no arriesgar en circunstancia alguna su mal conjuntada escuadra de galeras en una batalla a menos que se viese forzado a hacerlo por una orden directa: «Por amor de Dios —escribía García de Toledo—, considerad bien el daño que puede causar un error» (3); consejo que por suerte no siguió Juan de Austria, aunque en lo táctico fue él quien diseñó la formación adoptada para enfrentarse al turco, indicando tres divisiones separadas, con huecos entre ellas lo bastante amplios para que pudiesen maniobrar (4), y una cuarta de reserva, que llegado el momento sería fundamental.

Los malos momentos sufridos en Malta se reprodujeron en 1566 por toda Italia, donde estaban convencidos de que los turcos vendrían a vengar su

---

(2) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*. Tomo II. Madrid, 1896. Apéndice núm. 2, p. 417.

(3) BEECHING, Jack: *Las galeras de Lepanto*. Argos Vergara. Barcelona, 1984, p. 185.

(4) *Ibidem*, p. 199.

derrota. Fue entonces cuando el papa Pío V comenzó las gestiones para formar la Santa Liga, pero existían problemas geopolíticos que no convencían a las naciones mediterráneas por diversos motivos.

### Problemas geopolíticos

En el año 1536, para contrarrestar el control continental del emperador Carlos V, el rey Francisco I de Francia, el prisionero de Pavía, inició una alianza formal con el sultán Solimán el Magnífico. Su nieto, el cristianísimo Carlos IX, la continuó, a la vez que seguía entendiéndose con Inglaterra en la cruel guerra flamenca, donde ambas potencias apoyaron la revuelta de las Provincias Unidas. Carlos IX, desde 1560 y muy influenciado por su madre, la intrigante regente Catalina de Médicis, aunque negó a su aliado turco la utilización de puertos franceses para aparentar neutralidad, privó también a los caballeros de Malta de lengua francesa —que eran mayoría entre los malteses, como también era francés el maestre de la Orden, Juan Parisot de La Valette— de los medios necesarios para acudir al socorro de Malta, teniendo que enviarles Felipe II dos galeras para que pudieran acometerlo (5).

Venecia se veía oprimida y agobiada por el turco, pero pagaba religiosamente tributos al sultán y permitía el comercio con su inmediato vecino de Oriente, Ragusa (Dubrovnik), que era la base de su sustento. Recordemos que este enclave permaneció siempre libre para que hubiese una puerta de entrada al Imperio otomano, y allí funcionó muy bien el consulado de Barcelona, que se benefició mucho con ese comercio. Esta pequeña república perjudicó a Venecia durante el siglo xv, como lo hicieron también Inglaterra, España y Génova. Su proximidad a los bosques de robles de Gargano favoreció la industria de la construcción naval, compitiendo en ventaja con los venecianos a la hora de enviar mercancías a puertos alejados del Adriático.

En 1481, Ragusa pasó a ser protegida por la Sublime Puerta, teniendo que pagar 12.500 ducados de tributo para mantener su independencia y convertirse en la puerta de Constantinopla para el mercado de Occidente. Tras Lepanto, Ragusa puso su Marina Mercante a disposición de la Corona de España a condición de que su participación en empresas militares no fuese contraria a los intereses del Imperio otomano, consolidando así su ventaja comercial, que permitió a los turcos importar bienes e incluso armas de Estados con los que estaba en guerra.

El Imperio de los Habsburgo sufría en sus carnes la opresión otomana: la frontera magiar alcanzaba el Danubio, Buda era turco y Pest del Imperio; cien años después de Lepanto, los otomanos intentarían por segunda vez la toma

---

(5) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *op. cit.*, pp. 79 y 80.

de Viena, que marcó el máximo de su expansión en Europa, así como la conquista de Argel en la orilla norte de África. El emperador se veía en el grave dilema de acudir a la llamada del papa teniendo a sus vasallos divididos entre luteranos y católicos, lo cual implicaba un riesgo latente de guerra civil.

Inglaterra llevaba tiempo, como Francia, ayudando a las provincias rebeldes de Flandes y estaba encantada de ver a los que socavaban el poder imperial en el Mediterráneo: «Los enemigos de mis enemigos son mis amigos», proverbio achacado a los árabes, pero que se ha practicado siempre, por ejemplo, en la incómoda alianza durante la Segunda Guerra Mundial de los aliados con la Unión Soviética para doblegar a los nazis.

Para Felipe II, la idea de aliarse con la cristianísima Francia no era de las más atractivas pero, retirado el turco de Malta y escuchada la primera llamada del papa, ordenó construir ochenta galeras (*Si vis pacem, para bellum*), que serían la base de la armada que pondría, al llegar la ocasión, a las órdenes de su hermanastro.

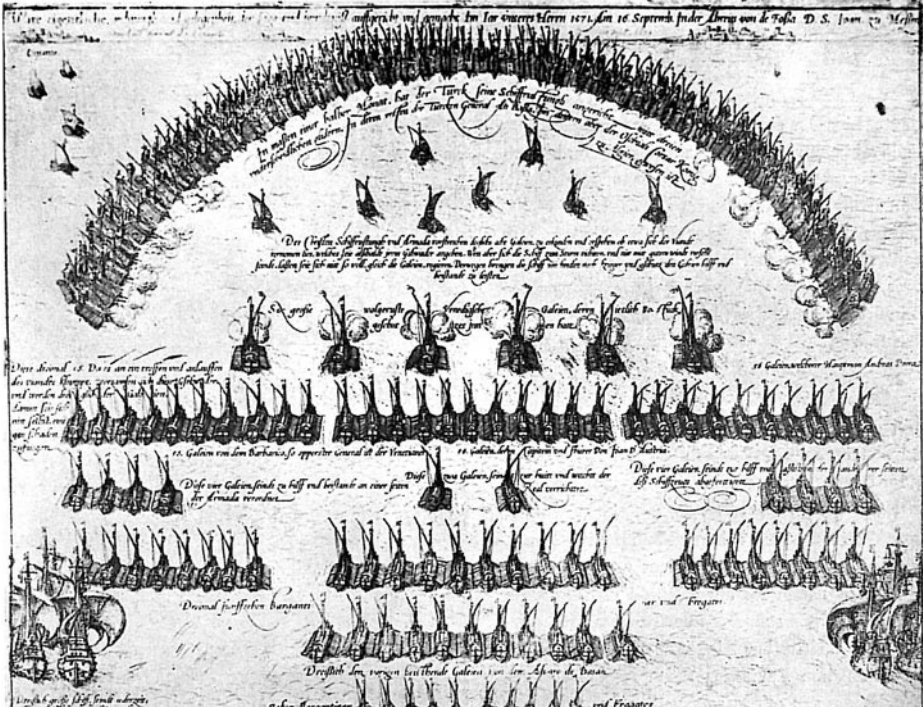
## La gestación de Lepanto

El 15 de enero de 1568 le fue expedido a Juan de Austria el título de capitán general de la Mar y se le entregaron las instrucciones para que ejerciera el cargo, nombramiento que, con toda inteligencia, fue acompañado de otros dos: el 28 de febrero de 1568, se otorgaba el título de capitán general de las Galeras de Nápoles a favor de Álvaro de Bazán (el Mozo, I marqués de Santa Cruz) y, el 22 de marzo siguiente, el de lugarteniente general de la Mar a Luis de Requesens y Zúñiga, comendador mayor de Castilla (y comendador de Villarejo de Salvanes en la Orden de Santiago). Esa primera fecha marca el comienzo de la gestación «de la más alta ocasión...».

Pero la *para bellum* no cejaba en su empeño y, el 3 de junio de 1568, comenzaba el adiestramiento a flote de los nuevos mandos, zarpando de Cartagena una armada de 33 galeras, con la insignia de Juan de Austria en la generala, acompañado de su lugarteniente Requesens, que realizaría un cruce-ro por el Mediterráneo Occidental finalizándolo en la misma Cartagena a finales de septiembre, tras haber «encerrado» a los corsarios mahometanos. Antes de la llegada, la mar, enemiga permanente del marino, se llevó a sus abismos cuatro galeras de Requesens durante un duro temporal sufrido en el golfo de León (6).

---

(6) DE LA GUARDIA, Ricardo: *Datos para un cronicón de la Marina Militar de España*. Ferrol, 1922.



(Grabado facilitado por el autor)

## De Bruselas a Granada

En cuanto a Flandes, a pesar del esfuerzo del duque de Alba, las cosas marchaban de mal en peor. Cuántas veces hemos leído en la Gran Plaza de Bruselas: «Aquí fueron ejecutados, el día 5 de junio de 1568, los condes Egmont y de Horn, víctimas de la tiranía de S. M. el rey de España, D. Felipe II» (7). A esto se añadía ese fatídico año la peligrosísima sublevación de los moriscos de Granada fomentada por los turcos. Entonces, el novato capitán general de la Mar, al que acabamos de ver regresando de su primera campaña marinera, será enviado a sofocarla tras los fracasos previos del marqués de Mondéjar y del de los Vélez. El primero estableció su cuartel general en Órgiva y el segundo en Terque. Pero ambos títulos no se llevaban bien y fracasaron, finalizando sus campañas en marzo de 1569. Los moriscos

(7) Cito de memoria, ya que desde la entrada de España en la CEE la placa ha sido cambiada y «dulcificada».

ejecutaron terribles venganzas contra los cristianos viejos, restaurando la religión musulmana en las zonas que dominaban.

Entre marzo de 1569 y enero de 1570, la iniciativa correspondió a los moriscos insurgentes, que contaron con nuevos apoyos de las aldeas del llano y de otros lugares que se sumaron a la rebelión, y el que recibieron, a través de Argelia, de la Sublime Puerta para debilitar al monarca español fue enorme. Los 4.000 combatientes de 1569 pasaron a ser 25.000 en 1570. Las armadas de Requesens y Gil de Andrade transportaron tropas para proteger la costa granadina y así evitar la llegada de refuerzos otomanos.

En enero de 1570, Felipe II destituyó al marqués de Mondéjar como capitán general de Granada, nombrando en su lugar a Juan de Austria, a cuyas órdenes puso tropas regulares italianas y levantinas. Este comenzó por aplastar Galera tras asediarla durante dos meses, asaltándola el 10 de febrero de 1570; enseguida tomó Serón, dirigiéndose a continuación al corazón de la Alpujarra, Padules, donde incorporó las tropas mandadas por el duque de Sessa —Gonzalo Fernández de Córdoba— y las del mando de Antonio de Luna y Enríquez de Almansa.

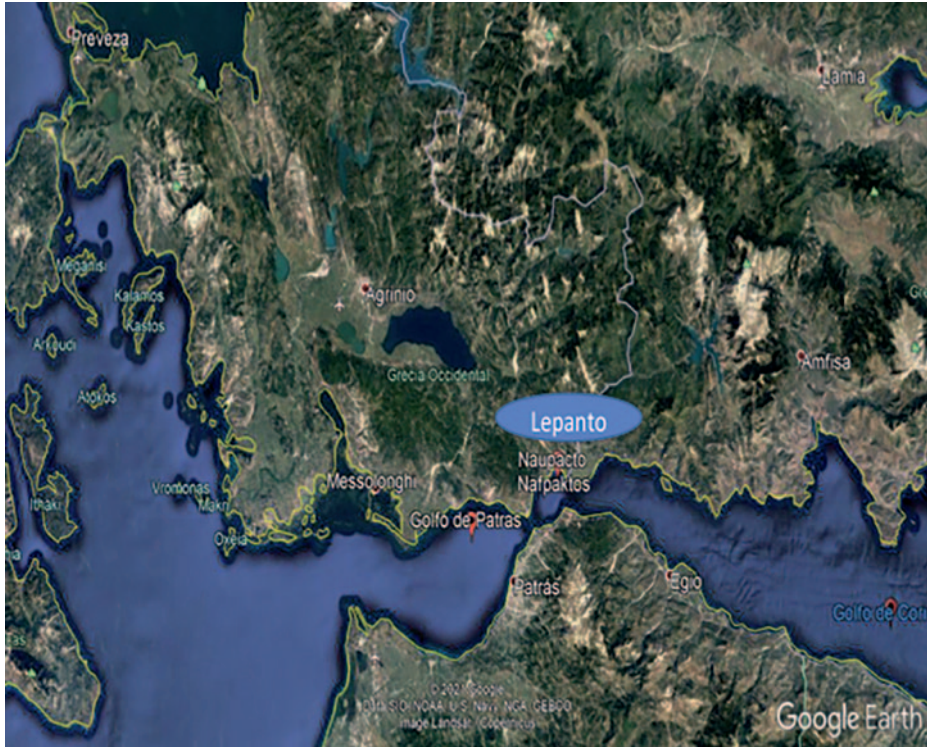
Concentrado el ejército, Juan de Austria entró a sangre y fuego en las Alpujarras, donde destruyó casi todo, provocando una escisión entre los moriscos partidarios de continuar la lucha y los defensores de la rendición negociada. El 20 de septiembre, alcanzados todos los objetivos, comenzó la expulsión de los moriscos de todo el Reino de Granada (8).

Fracasos y éxitos alpujarreños fueron las lecciones aprendidas por Juan de Austria en aquel sensible flanco sur, donde se «doctoró» en el difícil arte de mandar. Por tanto, con él y antes de la inspiración papal que comentaremos, se practicó lo de «a Dios rogando y con el mazo dando».

El papa, consciente de la amenaza, volvió a llamar a las potencias católicas para formar la Liga, quizás comprendiendo también que era el momento oportuno para que Felipe II se sumara con fuerza, pues ahora el rey de España estaba convencido de que lo que San Ignacio había predicado y García de Toledo recomendado era cierto y que, al igual que lo de Flandes era obra del inglés, la paternidad de la revuelta alpujarreña era fruto de los turcos. Por fin, el acuerdo para formar la Santa Liga se firmará el 25 de mayo de 1571 en la basílica de San Pedro de Roma. Los Estados Pontificios, España y Venecia serían sus columnas de apoyo. La Monarquía Hispánica sufragaría la mitad de los gastos, Venecia la tercera parte y el papa el resto (hablando en plata: 260.000, 173.333 y 86.667 escudos respectivamente). Los demás Estados italianos aportarían galeras en la medida de sus posibilidades. El generalísimo de la Liga sería Juan de Austria y cada nación participante tendrían un capitán general propio.

---

(8) El 4 de abril de 1609, reinando Felipe III, el Consejo de Estado tomó la decisión de expulsar a los moriscos del Reino de Valencia.



El teatro de Lepanto. (Imagen facilitada por el autor)

## Un escollo difícil de evitar: la República de Venecia

Venecia, celosa de su independencia, temía que la Corona española terminase por absorberla, como había hecho con Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado y Parma, y sabía que mantener su posición neutral en el conflicto hispano-turco continuaría favoreciendo su tráfico comercial.

Mas el turco tenía una visión estratégica de mucho más alcance que la cicatera República y comprendía que para sus intereses era imprescindible la conquista de Chipre, isla que geobloqueaba la Tierra Santa y constituía la base de partida imprescindible para terminar con la persistente obsesión de la cristiandad: la recuperación de los Santos Lugares. También la necesitaban para montar la base de operaciones avanzada contra Egipto, que se le había sublevado; y por si fuera poco, estaban convencidos de que Chipre les pertenecía por su ley, aquella que impone la reincorporación de toda región que alguna vez haya estado bajo su dependencia.

Para conquistar Chipre, la Sublime Puerta necesitaba tener una fuerza superior a las combinadas de España y Venecia (un *two power standard* en toda regla); el terrible incendio del precioso arsenal veneciano en septiembre de 1569, unido a los dos frentes que tenía abiertos España y que acabamos de reseñar, ofrecían al turco una ocasión única, la cual, apreciada en sentido contrario por el gobierno del dux, indujo, esta vez sí, a los venecianos a pedir auxilio, pero sin comprometerse en la Liga ofrecida por el papa.

El cardenal Antonio de Granvela, que será nombrado virrey de Nápoles el 4 de mayo de 1571 (21 días antes de la firma en San Pedro), advertía del peligro de confiar en los venecianos: «A la mira siempre que el turco no ataca y ahora, socorrerse con nuestra fuerza por ser ellos los elegidos. Mas si después [de Chipre] viniesen contra Malta o contra La Valeta, volverían a la neutralidad».

## Concentración

Con la Liga formada y reafirmada, llegamos a la ejecución de este fundamental principio estratégico (por desconcentrar, terminó suicidándose el almirante Pareja en el Pacífico, y por concentrar, salió airoso Casto Méndez Núñez) que costó «Dios y ayuda», ayuda política y ayuda estratégica (esta última en su actual forma logística).

El papa, para que no decayese la letra ni el espíritu de la recién conseguida coalición, envió a España nada menos que al «papa negro», que era por entonces un viejecito ejemplar, el más tarde elevado a los altares Francisco de Borja, ex IV duque de Gandía (9), el cual, a pesar de su mal estado de salud, obedeció a Pío V y realizó en España una magnífica labor como predicador de la cruzada y afianzador del lazo establecido contra el turco entre las más influyentes familias aristocráticas españolas.

Por cierto, para reforzar la estrategia espiritual, el rey ordenó reclutar y embarcar a cientos de capellanes para atender las necesidades religiosas de las dotaciones de las galeras y erradicar juramentos y blasfemias, amén de dar la confesión general a todos antes de entrar en combate. Algunas galeras llevaban dos capellanes y todos fueron reclutados entre dominicos, jesuitas capuchinos y teatinos.

El punto de concentración elegido fue Mesina, puerto donde tenían que arribar las galeras de España, Venecia, Nápoles, Malta, Estados Pontificios y resto de italianos...

Las 47 galeras de Juan de Austria zarparon de Barcelona el día 20 de julio de 1571, tras despedirse el joven capitán general, 24 años de edad, de La

---

(9) El gran trabajo de su hijo, el V duque, fue procurar «adecentarlo», pues su «pobreza» chocaba con el esplendor de la Casa.





(Imagen facilitada por el autor)

Moreneta, y por la clásica derrota del camino imperial llegaría a Génova, donde se incorporarían las 24 galeras de Juan Andrea Doria, otras 12 de Toscana y 12 más de Saboya, no sin mostrar los súbditos de la Serenísima República cierta aprensión hacia los españoles, pues temían que pudieran adueñarse de sus destinos como lo habían hecho, desde siglos atrás, con varios Estados italianos. En la derrota de Génova a Mesina, sin detenerse en Livorno donde le esperaba el duque de Florencia, hizo parada en Roma para recibir la bendición papal, que fue acompañada de estas palabras del pontífice: «Estoy seguro de que los turcos, ensoberbecidos por sus victorias, saldrán a nuestro encuentro y Dios, tengo el piadoso presentimiento, nos dará la victoria» (10).

El 24 de agosto arribaron a Mesina, donde los esperaba Sebastián Veniero desde justo un mes antes, y allí se incorporaron —no sin muchas dudas por parte del gobierno del dux— las del también veneciano Marco Antonio Quirino, el cual, habiendo burlado a los turcos en Famagusta, recibió la orden de incorporarse en Mesina a pesar del riesgo que corrían las desprotegidas islas del Adriático; Venecia echaba esta vez toda la carne en el asador. Las papales

(10) BEECHING, Jack: *op. cit.*, p. 181. Otros autores niegan esta escena y dicen que Juan de Austria «... pasó de largo, a boga tendida, ante la Roma eterna e imperial...», en NÚÑEZ IGLESIAS, Indalecio: conferencia «D. Juan el marino». Museo Naval de Madrid, 1971.

de Marco Antonio Colonna habían llegado dos días antes (entre ellas, tres de la Orden de Malta) y allí se incorporaría Juan de Cardona con las de Sicilia, cuyo arsenal estaba en la cercana Palermo.

Finalmente, en Mesina quedaron concentradas 207 galeras, seis galeazas y una porción de buques mancos de apoyo a la imponente escuadra, que se distribuyeron en los cuatro cuerpos preconizados por García de Toledo y de los que conocemos exactamente el puesto de cada uno. Se repartieron al estilo de hoy en día: cuando los mandos orgánicos proporcionan fuerzas a los mandos operativos, las galeras de distintas procedencias se mezclaron para formar dichos cuerpos (11). Sus oponentes contaban con 230, pero más chicas y peor armadas (sobre todo faltas de arcabuceros por creer los turcos que las saetas suplían con ventaja al fuego de infantería).

Las galeras venecianas estaban escasas de infantería; Veniero, nada amigo de los españoles, tuvo que aceptar a regañadientes que Juan de Austria le trasbordase a sus galeras y galeazas 4.000 infantes que, por intermediación de Colonna, pertenecían a los que estaban a sus inmediatas órdenes y pagados por el pontífice (12). Esta infantería de galeras o de marina sería fundamental a la hora de abordar las del enemigo.

Una trifulca entre algunos de esos infantes italianos a bordo de una galera veneciana estuvo a punto de desbaratar la operación, pues Veniero quería colgar del pico de una entena al capitán que los mandaba, Mucio de Cortona, y Juan de Austria, gracias al certero consejo de Álvaro de Bazán, lo evitó.

## Unidad del mando

A pesar de la decisión papal derivada de la inspiración en el segundo Evangelio —*Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes*—, Felipe II vulneró este principio y ordenó —de lo que se enteró Juan de Austria al abrir los sobres lacrados con instrucciones en alta mar— que el nombramiento de su hermanastro como generalísimo de aquella armada estaba limitado, pues no podría dar orden alguna sin el expreso visto bueno de Luis de Requesens; por tanto, este último, más que en subordinado, se convertía en una especie de jefe. Sin embargo, el tacto, el tino y la inteligencia de ambos hicieron pasar desapercibida esta vulneración a los ojos del resto de mandos de la armada. Llovía sobre mojado, ya que el 26 de marzo Felipe II le había negado a Juan de Austria el tratamiento de alteza, dejándolo en excelencia y, posteriormente, sería reacio a sus pretendidas coronas (Túnez, Albania e incluso como consor-

---

(11) Conocemos exactamente ese despliegue, pero rebasa el alcance de este artículo dedicado a la estrategia y no a la táctica.

(12) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *op. cit.*, p. 176.

te de Inglaterra, a las que aspiraba con el beneplácito del papa, y previo intento de boda con María Estuardo). Su triste muerte en un humilde palomar, a la vista de las murallas de Namur, terminará con todos sus sueños de gloria.

Caso curioso también, típico de la época, era la calidad de los mandos subordinados, entre los que había banqueros, terratenientes, abogados, políticos... pero todos formados bajo la presión de la amenaza turca y forjados en las campañas navales precedentes; veremos después a un banquero genovés convertirse en uno de los mejores generales españoles en Flandes, Ambrosio de Spínola Doria... No había, *stricto sensu*, militares profesionales pero, como dicen los vascos, «como si lo serían».

### El proceso de la decisión

Tocaba ahora decidir qué, cómo, dónde, hacia dónde y cuándo... No todas las opiniones eran partidarias de la destrucción de la fuerza organizada del enemigo. El mismísimo Rey Prudente, ejerciendo de tal, había expresado muchas veces la necesidad de «salvar galeras»; otros, con el papa, los venecianos y el generalísimo al frente, consideraban que solamente una victoria total en la mar podría salvar a la cristiandad. Vimos también a García de Toledo aconsejando prudencia, pero en el consejo de guerra celebrado en Mesina se tomó la decisión de ir a buscar al enemigo donde se encontrase, lo cual se debió al don de mando y a la actividad (otro principio estratégico) incansable e inteligente desplegada por Juan de Austria, que se lo escribió al marqués de Villafranca el día 16 de septiembre de 1571 en estos términos: «Teniendo en cuenta que la flota turca, aunque más numerosa que las fuerzas de la Liga, según las informaciones que me llegan, no es de la misma calidad, ni en naves ni en hombres y confiando en Dios Nuestro Señor, cuya causa defendemos y que nos ayudará, se *ha tomado la decisión* de salir a buscarlos» (13).

Otra cosa que se debatió en el consejo fue dónde buscarlos. Hubo partidarios de un ataque a la base naval turca de Negroponte (actual isla de Eubea, Grecia), entrada sur del canal de Corinto, que obligaría a Alí Pachá a abandonar su refugio de Lepanto, atravesar el canal y regresar al Bósforo; pero Juan de Austria, como hemos dicho, quería la batalla decisiva, siendo fuertemente apoyado por Barbarigo, Colonna y el genial marqués de Santa Cruz, grupo minoritario que se impuso al de los menos combativos, que alegaban la proximidad del equinoccio, con sus temibles temporales.

---

(13) BEECHING, Jack: *op. cit.*, p. 185.

## Los adversarios a la búsqueda de la sorpresa

Juan de Austria organizó una TU al mando de Gil de Andrade, convertido en cuatralbo (14); con sus cuatro galeras dobladas en remeros, debía explorar las aguas cercanas a Otranto para descubrir e informar sobre el enemigo, pudiendo escaparse a boga arrancada de ser descubierto. Fuente inagotable de información en la época, para unos y otros, era el tráfico pesquero. Las primeras noticias anunciaban que el turco había desembarcado una semana antes en la isla adriática de Zante, procedente del norte, lo que llevó al mando aliado a establecer dos hipótesis: Alí Pachá había decidido invernar en Lepanto o, por otra parte, regresar a Constantinopla, destruyendo a su paso objetivos secundarios.

Para esclarecer el asunto, el 27 de septiembre, la armada de la Santa Liga entra en Corfú, que tres días antes había sido atacada por Alí Pachá, el cual perdió en la acción tres galeras y no consiguió apoderarse del castillo portuario; en su impotencia, los otomanos se dedicaron a profanar las iglesias de manera salvaje y a apresar a los ciudadanos para incrementar el número de sus remeros... A la vista del tristísimo espectáculo de Corfú, las dotaciones de Juan de Austria acreditaron todo lo predicado por sus capellanes.

El 28 del mismo mes, llegó otro mensaje de Gil de Andrade que comunicaba que la escuadra turca, tras atacar Zante y Corfú, había llegado a Lepanto. Los informes pecaban seguramente de lisonjeros, pero el hecho fundamental era que el enemigo estaba localizado y que pillarlos por sorpresa era imposible. A la hora del combate, el verdadero desconcierto producido por los cristianos vino de la entrada en acción —aunque solo lo hicieron cuatro— de las hasta entonces desconocidas galeazas y de la eficacia de su fuego arcabucero.

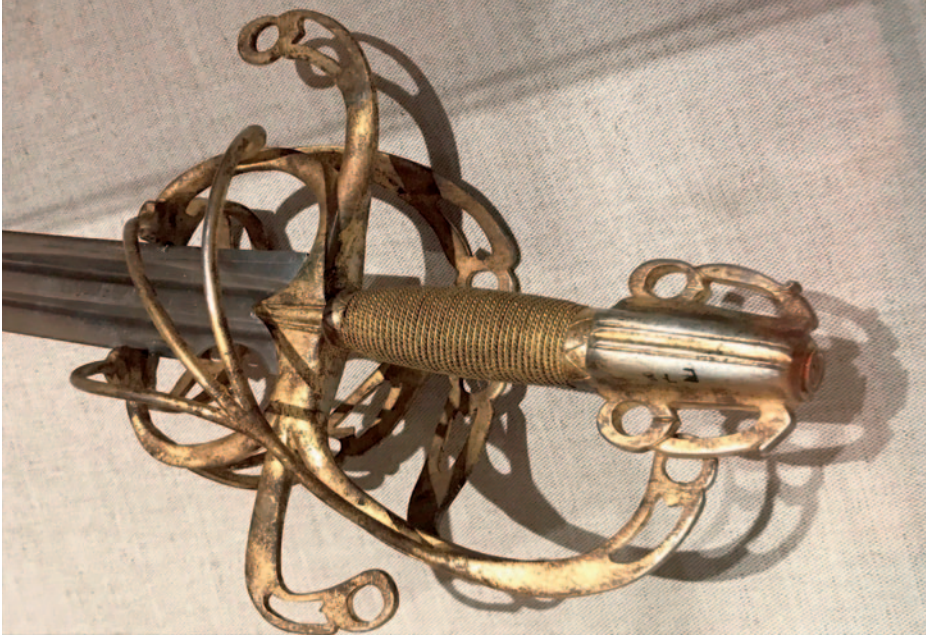
Por otro lado, un renegado apresado en Corfú y ciertos pescadores de aquellas aguas indujeron al mando cristiano a creer que la escuadra otomana se encontraba muy mermada en sus efectivos.

En el campo enemigo, Uluj Alí, que quería retornar a su base argelina, fue conminado por el sultán a quedarse, incluso amenazándole con la horca. Para intentar conocer las intenciones de Juan de Austria, el astuto renegado se dirigió a desembarcar en la aldea calabresa de Santa María, de donde era natural. Allí, sus paisanos, a pesar del terror que les inspiró, le engañaron con noticias falsas sobre la armada cristiana, y la principal y más conveniente a los intereses de la Liga fue que le convencieron de que las galeras cristianas seguían en Mesina, pues habían decidido dejar las operaciones para el siguiente año debido a la llegada del otoño.

Todas esas falsedades supusieron que ambos mandos estuviesen relativamente ciegos sobre la fuerza real de su oponente. El único dato cierto lo po-

---

(14) El que mandaba cuatro galeras.



Reproducción de la espada de don Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz.  
(Museo Naval de Madrid)

seía Juan de Austria: el enemigo se encontraba abrigado en su protegida base de Lepanto, en pleno golfo de Patras.

El almirante Julio Guillén solía decir: «Las Juntas (puede leerse también los consejos) son como las meretrices: cuanto más ayuntan, menos conciben». Idea parecida debía de tener el Prudente, que había ordenado a su hermanastro: «Cuando la batalla sea inminente, deberá reunir al Consejo» (15), sin duda confiando en que estos no solían ser partidarios de combatir. Pero en este caso no se siguió esta rutina, y Barbarigo, Colonna y Bazán respaldaron, arrastrando a los demás, la convincente decisión de Juan de Austria —que, por supuesto, recibió el visto bueno de Requesens— de no eludir el combate, aunque hubiese excusas suficientes para evitarlo. Por tanto, tras el informe de Andrade del día 28 de septiembre que hemos comentado, el consejo confirmó la decisión de ir a buscar al enemigo en Lepanto.

Los turcos evaluaron mal la composición de la armada cristiana debido a un informe falso del capitán corsario Kara Hodja, que «se olvidó» de contar

---

(15) BEECHING, Jack: *op. cit.*, p. 194.

50 embarcaciones; informe que, curiosamente, fue confirmado por tres presos cogidos entre los observadores desembarcados en Gomeniza para tratar de vigilar los movimientos turcos, los cuales, sometidos a tormento, tuvieron el valor de confirmar los errores de Hodja e incluso añadir falsedades sobre las galeazas. Si se causó sorpresa entre los turcos fue debido a la mala y deficiente información.

### **El consejo en el bando otomano. Posibilidad de encastillamiento**

Siguiendo en el dominio de la estrategia, el jefe del ala izquierda de la armada turca, Uluj Alí —o Luchalí, como por entonces se le conocía—, en el consejo de generales (pachás) celebrado durante el fondeo en el golfo de Lepanto, a bordo de la galera real turca insignia de Alí Pachá, aconsejó el establecimiento en fortaleza o encastillamiento, el cual se vería favorecido por los castillos que protegían la entrada (conocidos como los Pequeños Dardanelos); pero, por lo avanzado de la estación (vamos, lo mismo que tenían que haber hecho Villeneuve y Gravina en Cádiz en 1805), Alí Pachá no siguió ese atinado consejo —tan joven y tan arrojado como Juan de Austria y llevado por su genio—, y ordenó levar; de esta manera, Luchalí escribiría, al mando del cuerno izquierdo, la única página brillante de táctica turca durante el combate, tan buena como tan mala fue la de Juan Andrea Doria. La maniobra de Uluj Alí y su impecable *turn* de 180° solamente fueron ensombrecidos por la magnífica reacción de la escuadra de reserva del mando de Álvaro de Bazán. Además de sobrevivir, Luchalí fue el único que pudo presentar trofeos ante el sultán, el pendón de Malta entre ellos. Enseguida veremos cómo aprovechó las lecciones aprendidas.

Una vez avistadas las armadas, se terminó la estrategia y comenzó la táctica; pero de esta última no nos ocuparemos.

### **No se explotó el éxito**

La victoria conseguida el 7 de octubre de 1571 nadie la supo explotar. Así, cuando en 1572 la flota aliada cristiana comenzó la nueva campaña para medirse con la renovada escuadra turca de más de 200 galeras mandada por Uluj Alí, ahora con el nombre de Kilic Alí Pachá, este evitó enfrentarse a la más potente de la Santa Liga —que seguía al mando de Juan de Austria, permaneciendo al abrigo de las fortalezas de Modón— como había pretendido hacer en Lepanto, aunque ahora él era el responsable de la decisión. Esta vez Juan de Austria debería haber intentado por todos los medios destruirlo, pero las desavenencias entre sus mandos subordinados y su falta de convicción para tomar Modón al asalto condujeron a desperdiciar la oportunidad. De

haberla acometido con éxito, hubiese sido la acción estratégica complementaria e ineludible que hubiera rematado lo conseguido en Lepanto; pero ya lo dejó escrito el Manco de Lepanto: «... el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa y descuido del General que a los nuestros regía, sino por los pecados de la Cristiandad. En efeto, el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió» (16). Para consumir esa falta de explotación del éxito, Pío V falleció el día 1 de mayo de 1572; enseguida Venecia firmaría la paz por separado con los turcos el 7 de marzo de 1573. Así se arriaba, definitivamente, el pendón de la Santa Liga.

### ***Lessons learned de los otomanos***

Uluj Alí (17) había sido siempre partidario de la ballesta articulada, afirmando que mientras se cargaba un arcabuz se disparaban 30 flechas, blanco seguro cuando se combatía a tan cortísima distancia (cuerpo a cuerpo, prácticamente); menospreciaba las armaduras y la concentración del fuego arcabucero que, tras la descarga de los cañones que debía simultanearse con el momento del abordaje, barría (como a finales del XVIII hicieron las carronadas) las arrumbadas y crujías enemigas, lo que permitía el asalto de la infantería propia.

Al año siguiente, el obispo de Dax, embajador de Carlos IX de Francia ante la Sublime Puerta, escribía a su rey desde Estambul (que todavía, entre los cristianos, se llamaba Constantinopla) el 10 de junio de 1572: «En seis meses el Gran Señor (el sultán) ha construido 200 galeras. Esperamos su salida dentro de ocho o diez días. Embarcarán en ellas más de mil arcabuceros, lo que jamás se vio en este imperio. Luchalí que es el almirante, enseñó a los turcos a abandonar el arco por los disparos, diciendo que lo aprendió en la última batalla de Lepanto».

### **Punto final**

La expansión turca en el norte del Mediterráneo se quedó fijada en la frontera con el reino marroquí. La guerra del corso contra los cristianos, y muy especialmente contra España, continuó hasta la definitiva paz con Argel de

---

(16) CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Primera parte. Capítulo XXXIX, p. 2. Madrid, 1605.

(17) NÚÑEZ IGLESIAS, Indalecio: «Una realidad entre dos fantasías». REVISTA GENERAL DE MARINA. Octubre, 1971, pp. 323-333.

1785. Los turcos siguieron su impulso ofensivo por tierra en dirección a Viena, cuyos panaderos crearon los famosos *croissants* (crecientes o medias lunas) cuando los otomanos levantaron definitivamente el segundo sitio, acaecido en el año 1683 durante el reinado del emperador Leopoldo I.

Y, aunque el éxito no se explotó, los turcos pusieron su ojo corsario en las derrotas portuguesas desde Goa a Ciudad del Cabo, provocando descalabros económicos en el vecino reino que, unidos al fracaso del rey Sebastián en Alcazarquivir y a la exigencia de rescates para liberar a la nobleza portuguesa prisionera de los marroquíes, propició la apertura de las puertas de Lisboa al ejército del duque de Alba, embarcado y enviado por mar gracias a las órdenes del pretendiente de mejor derecho a aquella Corona, que no era otro que Felipe II.

